

Las hembras son el auténtico potencial reproductor de la especie. Hay cerca de cien viviendo en libertad. :: EFE



LAS ÚLTIMAS FOTOS DE PUTIN REMARCAN SU IMAGEN DE HOMBRE DE HIERRO

P69

El tesoro ibérico

En 2002 solo había 94 lince. Trece años después hay 300. «Verlos en el campo es la recompensa a nuestro esfuerzo», dicen sus ángeles de la guarda

En el campo, 90 personas velan por los lince en libertad. En cautividad otro grupo se desvive «a turnos» para que las crías se emancipen «entrenadas»

■ JULIA FERNÁNDEZ



A Leo Fernández le suena el despertador a las seis de la mañana ahora en verano. En invierno, «como amanece más tarde», madruga menos para ir al trabajo. Si se le pregunta qué hace, cómo es un día normal en su vida, sonríe. «Te diría cómo es una semana normal». Así mide el tiempo. Su 'oficina' también es especial: el parque de Doñana, en Huelva, uno de los pocos hábitats naturales donde vive el lince ibérico en libertad.

Este biólogo onubense de 40 años trabaja con los lince desde hace 16, justo cuando en España se decidió elaborar un nuevo censo, tras dos décadas especulando sobre cuántos quedarían. El último dato oficial era de la década de los 80, y hablaba de un millar. «En los 90 decíamos, mil no habrá ya, pero quinientos...», apunta Miguel Ángel Simón con cierta sorna. Él también es biólogo y el máximo responsable del programa de con-

servación Life+Iberlince para el que trabaja Leo.

El conteo dejó un dato «demoledor». Solo quedaban 94. El lince se extinguía. Saltaron todas las alarmas, claro, y los expertos redoblaron fuerzas para evitarlo. Primero fue en el campo, donde se afanaron en mantener lo que había. Luego, a partir de 2003, lo complementaron con la cría en cautividad para reforzar y aumentar las poblaciones existentes (el llamado «programa de conservación ex-situ»). Son las dos patas que sostienen la preservación de esta especie endémica en la Península y que ahora se enfrenta a un nuevo reto, extenderse por nuevas áreas para recuperar su distribución histórica.

Hoy la colonia en libertad de este felino, más cercano al tigre que al gato pese a su tamaño –un macho adulto pesa unos 12 kilos y mide 80 centímetros de largo–, es de 327 ejemplares, según los datos de 2014. De ellos, casi un centenar son hembras, «el auténtico poten-



En la Península quedan unos 300 lince ibéricos en libertad. :: EFE



Leo Fernández (derecha) trabaja con ejemplares salvajes. :: R. C.



Maty Chaparro es cuidador en el centro de cría de El Acebuche. :: R. C.

cial reproductor de la especie», precisa Simón, de 61 años, al que la «pasión» por la naturaleza le llegó de la mano de su padre cuando de chaval paseaba con él por los olivares jienenses y le enseñaba a cazar. «No me disgustaba, pero no era capaz de disparar».

Ahora mismo hay tres veces más lince que hace trece años. Y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) ha cambiado su estatus de especie «en peligro crítico» a 'solo' «en peligro» de extinción. Tal recategorización supone un espaldarazo a las labores de estos años, pero como señala la propia UICN, «el trabajo está lejos de haber terminado».

De hecho, por estas fechas todos los implicados en la conservación del lince andan muy atareados. Los biorritmos de la naturaleza no saben de vacaciones. En el campo, donde trabajan «unas 90 personas», están liados con el censo, una tarea que se extiende de junio a diciembre y que requiere



EL ‘MISTERIO’ DE LOS NOMBRES

El año de la M

Macadamia, Mostaza, Milano... Los nombres de los cachorros nacidos este año comienzan todos con la letra M. El año pasado era la L. Y el anterior, la K... «Empezamos en 2004 con la A», señala Mariajo Pérez, veterinaria del centro de cría de La Olivilla. En las siguientes temporadas han ido repartiendo el resto de letras. Todavía les quedan. Y los nombres, ¿quién los elige? «Se hace una lista y se van asignando. Algunas crías también son bautizadas por los vecinos de las áreas donde se sueltan».

Solo una letra reservada

La única inicial que no se usa para los recién nacidos es la I. Se reserva para animales que aparecen de repente y de los que no se tenían datos. «Es I de indeterminado», aclara Miguel Ángel Simón, director de Life+Iberlynce.

53

cachorros han superado la fase de destete de esta temporada reproductora en los centros de cría en cautividad. Ahora están en fase de entrenamiento para ser liberados en 2016.

pero lograron que dos de las crías sobrevivieran. Una de ellas, Janas, se reintrodujo en el valle jienense del río Guarrizas y ya ha sido madre, «un final feliz para la historia». Janas ha sido uno de tantos cachorros que han pasado por las manos de Mariajo Pérez, veterinaria del centro de cría en cautividad de La Olivilla, en Jaén, desde que abrió sus puertas en 2007. En la Península hay otros tres de este tipo, el de El Acebuche (Huelva), el de Zarza de Granadilla (Cáceres) y el de Silves (Portugal), que son los que forman parte del programa de conservación ex-situ del lince ibérico. Ella se ocupa de la salud de los animales del centro con 23 instalaciones de 1.250 metros cuadrados cada una. Un trabajo que va desde desparasitarlos hasta vacunarlos, pasando por completos chequeos que se hacen cada 2 o 3 años y que obligan a «capturar y anestesiarse» al ‘paciente’.

Cachorros entrenados

Mariajo también atiende los partos de las hembras que se han apareado siguiendo los consejos genéticos del investigador del CSIC José Antonio Godoy, cuyo fin es aumentar la variabilidad genética de la colonia y evitar las enfermedades que genera la endogamia. En realidad, Mariajo se limita a ser mera espectadora de los alumbramientos a través de una cámara. «Solo intervenimos si hay algún problema y no suele ser habitual».

Tampoco tiene contacto con las crías antes de las cuatro semanas salvo que presenten algún problema o sean abandonados, algo poco común. Entonces, se les hace la primera revisión y se les vacuna. A las 12 semanas llega el último chequeo y empieza el entrenamiento. «El objetivo es que desarrollen las habilidades que necesitarán cuando los soltemos en el campo».

Deben aprender a cazar, a relacionarse con su semejantes y, sobre todo, a tener miedo del hombre. «Por eso, a pesar de que los cachorros nos llamen mucho la atención, intentamos que tengan poco contacto con nosotros», puntualiza Maty Chaparro, que trabaja como cuidador en el centro de cría de El Acebuche desde que se licenció en Ciencias Ambientales en 2008: «Lo tenía muy claro». Resumir sus funciones «es difícil», pero, a grandes rasgos, se encarga de atender las necesidades de alimentación, limpieza, protección, bienestar y entrenamiento de los animales. Trabaja «a turnos» para que no les falte de nada en ningún momento. Y también da los biberones cuando algún cachorro se queda sin madre y no es adoptado por ninguna otra hembra. Una parte de los que pasan por esta fase de crianza artificial no acaban en el campo, pero todos los demás, sí.

– ¿Qué siente cuando los liberan?

– Por un lado hay tristeza porque puede que no vuelvas a verlos más que en fotos. Pero para nosotros representa un final feliz porque es un animal óptimo en muchos aspectos. Es la recompensa a todo el esfuerzo.

Presencia del lince ibérico

Poblaciones en 2014



poner cámaras de fotos automáticas cada pocos kilómetros en todas las áreas de presencia. Captan miles de imágenes que luego supervisa una persona para identificar a cada animal a través del pelaje. No hay dos lince con las mismas motas. «Lo grave es cuando ya los conoces sin necesidad de recurrir a otras fotos para comparar», bromea Leo. A él le pasa con Dardo, un macho con una mancha similar a una flecha en la paletilla.

Contadores de conejos

En el campo también hay que contar conejos silvestres, el alimento básico de los lince, diezmado por las enfermedades. Una hembra necesita una pieza por hectárea para reproducirse y garantizar la supervivencia de sus cachorros. No es un asunto baladí: «Sin conejos no hay lince», sentencia Simón. Y, por desgracia, mientras la repoblación del depredador da sus pequeños frutos, la de la presa da disgustos. «Es muy desagradecida». Igual de preocupantes o más

son los atropellos mortales. El último tuvo lugar a mediados de agosto en la N-420, en Montoro (Córdoba). Era el número once de este año en España. El mes pasado hubo otros dos casos, aunque en uno de ellos el animal huyó herido. En 2014 hubo 33 muertes y 21 fueron atropellos, siete más que el año anterior. Por eso se está llevando a cabo un proyecto con los titulares de las carreteras que discurren por las áreas donde hay lince para introducir mejoras que ayuden a reducir esta negra estadística.

La tarea más llamativa de los auxiliares de campo es el segui-

miento a los ejemplares radiomarcados, que «solo son un 10% del total, unos 30». Son animales con un collar que permite su localización. Hay dos tipos: los GPS, cuya señal se consulta a través del ordenador y cuyo precio ronda los 3.000 euros, y los convencionales, que cuestan unos 300, pero que implica que un operario salga al monte para detectar la señal con una antena móvil. Así se sabe por dónde anda el animal y qué hace, como ocurrió con Kahn y Kentaro, dos hermanos nacidos en cautividad que se liberaron este año en los Montes de Toledo y que fueron vistos días después, uno rondando

por los montes del Algarve, al sur de Portugal, y el otro, por los hayedos de La Rioja, rumbo a Navarra. Más de 1.500 kilómetros entre ambos por la Península, la mayor distancia registrada para la especie. De hecho, en una noche los lince pueden llegar a recorrer 25 kilómetros en línea recta.

La señal también permite averiguar si el ejemplar está herido o enfermo y seguir sus huellas para poder curarle. Uno de los casos más dolorosos, recuerda Leo, fue el de Wari, una hembra con tres cachorros y el cráneo destrozado, al parecer por una pelea. Los técnicos no pudieron hacer nada por la madre,